

En su conclusión, Martínez Camino reconoce que aunque los autores estudiados no niegan absolutamente la existencia de otras fuentes de conocimiento de Dios distintas de la revelación, se trata de fuentes subordinadas a esta última. Manifiesta una proximidad mayor al planteamiento de Pannenberg, en el sentido de que no pretende «probar» primero a Dios por la «razón natural» y «aclararlo» después por la revelación (p. 304), sin por ello dejar de poner de relieve algunas limitaciones del pensamiento de este autor. Para el A., «la búsqueda de un modelo para articular hoy coherentemente los diversos elementos implicados en el conocimiento del Dios de Jesucristo» sigue estando abierta. Esta conclusión es positiva si se tiene en cuenta el punto de partida minimalista de los dos autores estudiados a propósito de la TN. El A. reconoce que la crítica contra un conocimiento de Dios independiente de la revelación no es consistente, aunque este conocimiento reviste hoy más aspectos problemáticos que en otras épocas. No deja Martínez Camino de aludir a las consecuencias de la ausencia de la analogía como medio de conceptualización teológica en ambos autores, y particularmente en Jüngel.

El A. ha realizado un trabajo exhaustivo de investigación en la bibliografía de los dos autores estudiados. Quizá podría haber sido menos descriptivo y más sintético en alguna de las fases de la investigación, aunque ésta suele ser una característica casi inevitable de las obras cuyo origen es una tesis doctoral. De todos modos, el lector no especialista agradecerá sin duda que se le proporcionen datos que él no posee. En cuanto a la valoración de la cuestión como tal, su mayor aprecio de la postura de Pannenberg que de la de Jüngel —aunque no deje de poner de relieve aspectos críticos de ambos— es coherente con la teología católica, que cuenta, de hecho, con la TN, aunque no deje de buscar modos mejores de desarrollarla.

César Izquierdo

Enrique DE LA LAMA CERECEDA, *J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y su obra hasta el exilio en Francia (1756-1813)*, Ediciones Universidad de Navarra S. A., Pamplona 1991, 334 pp., 15,5 x 22,5.

Cuando en 1834 la Reina Gobernadora María Cristina suprimió definitivamente la Inquisición, aquella medida no fue ya otra cosa que autorizar el sepelio de un órgano de control que —tras una duración de más de

tres centurias— había fenecido en 1820. Dos años antes, en 1817, Llorente había publicado en París su *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne*, que alcanzó rápidamente un éxito editorial con resonancia en toda Europa y que supuso para el Santo Oficio —cabe presumirlo, tal como se desarrolló la secuencia de los acontecimientos— un golpe mortal.

Llorente —huelga decirlo— no fue el único adversario de aquel Tribunal de jurisdicción privilegiada dentro de la Monarquía Española. Desde que en 1567 Reinaldo González Montano publicara en Heidelberg su edición latina de *Artes de la Inquisición española descubiertas y sacadas a luz*, la corriente de animadversión antiinquisitorial discurría soterrada dejando periódicamente testigos de su existencia. Baste recordar las *Relaciones* de Antonio Pérez, el *Discurso* de Agustín Saluccio, la pragmática de los *Actos positivos* del Conde-Duque de Olivares, la *Censura antiinquisitorial* de Mabilion o la *Oda contra el fanatismo* de Meléndez Valdés para advertir, sin ánimo de exhaustividad, la presencia de una crítica hostil que a duras penas se abría cauce de tiempo en tiempo. De hecho Napoleón había firmado ya en 1808 desde su cuartel de Chamartín la supresión del Santo Oficio; y del lado nacional —si bien tras acalorada discusión y guerra de folletos callejeros— se produjo idéntica supresión en 1812 por decreto de las Cortes de Cádiz. Llorente, pues, encontraba un terreno bien abonado y contaba, además, con la orquestación del *gauchisme bourgeois* para su resonante éxito.

Pero si la Inquisición —mientras duró su existencia— atrajo siempre curiosidad apasionada, tras su desaparición esa misma curiosidad se mantuvo despierta e incluso exacerbada hasta degenerar en ese *animus bellandi* que ha contagiado la historiografía a través de muchas décadas. Todavía hoy —y seguramente hoy más que nunca— el tema de la Inquisición sigue interesando en todos sus aspectos y dimensiones; si bien es cierto que la actitud beligerante ha remitido dentro del ámbito de los estudiosos en proporción sustancial. Pero el atractivo que el tema ejerce es creciente y notorio. Entre las razones que motivan este atractivo, como expresaba hace años Pérez Villanueva, «no es la menos importante, la convicción que el hombre de hoy abriga de que el tema de la intolerancia, la tensión intransigencia-libertad, lejos de haberse superado, se mantiene viva en nuestros días con nombres distintos, que apoyan su acción en una verdad oficial que el Poder, sólo, define frente a toda disidencia ideológica y política, que se califica, y se castiga con marginación, como herejía»

El libro que ahora se reseña responde, por tanto, a la interpelación de una sensibilidad muy viva. En el horizonte de la batalla ideológica en torno al tema inquisitorial, Llorente ha sido visto de modo constante co-

mo el defensor más significativo de las libertades negadas por el Santo Oficio. Resultaba, por tanto, muy oportuno dedicar a su figura un estudio objetivo y sereno.

En efecto, objetividad y serenidad son cualidades primeras que se buscan en un biógrafo, el cual nunca puede convertirse en censor moral o en árbitro y juez de intenciones. Hay afirmaciones que, a través del tiempo, se demuestran imperecederas o, al menos, perdurables por cuanto contienen de axiomático y de evidente. El aserto de los clásicos, *Historia, magistra vitae*, es una de esas tesis proverbiales. Ahora bien, ese magisterio —que es peculiar prerrogativa de la Historia por sí misma— resulta inaccesible cuando la objetividad de los acontecimientos es suplantada por versiones que nacen del temple —incluso bien intencionado— del escritor más que de la *veritas rerum*. Tal ha sucedido con Llorente: su figura había padecido, si no la injuria del olvido, sí —al menos— las deformaciones que siempre se siguen de los apasionamientos de uno y otro signo. Personaje extraño y siniestro para unos y mito sublime para otros. Nada de eso se da en este libro que, en palabras de su autor, «intenta ser una contribución al esclarecimiento de la personalidad de Juan Antonio Llorente, de su evolución ideológica y biográfica. No pretende la exaltación de su figura; y menos aún aventurar temerariamente juicios sobre su conducta moral o sobre un hipotético balance —glorioso o nefasto— de su existencia. Después de más de 160 años desde su fallecimiento se puede comprobar cómo la historia ha dado la razón a algunas de sus objeciones y continúa albergando muchas de sus inquietudes. En todo caso, la perspectiva que facilita el tiempo transcurrido permite ya valorar el significado de su combate, la aportación de su crítica, la debilidad de su testimonio y explicar cuanto de profundamente humano se descubre en sus mismas desviaciones y rencores» (pp. 23-24).

Sacerdote de la vecina diócesis calagurritana —de cuya catedral fue canónigo como luego lo había de ser de la Primada de Toledo—, Juan Antonio Llorente es un ejemplo más de aquellos eclesiásticos dieciochescos orientados hacia la Iglesia casi desde la cuna. El dato es tan interesante como para curar de espantos a quienes pudieran admirarse ante el fenómeno existencial de un sacerdocio vivido —en parte, al menos— al servicio de los ideales burgueses. La mentalidad social de aquel entonces se mostraba permisiva con estas aleaciones de valores tan dispares. Este contexto no se debe olvidar ya que —como cada cual— también Llorente fue hijo de su tiempo. Su personalidad se forjó a lo largo de una vida que bien puede ser contemplada «como encarnación de aquellos ideales y rechazos, de aquellas inquietudes, rencores y apasionamientos, de aquella sensibilidad ‘iluminada’

que caracteriza la turgencia próxima al alumbramiento de nuestra época» (p. 15).

Los concedores de la historia advierten de sobra que la Ilustración no es un concepto unívoco a lo largo y a lo ancho del panorama europeo y que ni siquiera en el marco de nuestra Patria se puede hablar de Ilustración como de una realidad homogénea. No existe, por tanto, personaje alguno de la Ilustración que la represente plenamente.

Tampoco Llorente, que es un ilustrado bien distinto de otros ilustrados. El «no pasa a la historia como abanderado de una utopía creadora, como original contemplativo de un nuevo orden, como intérprete sagaz de lo que las cosas son o deben ser... Pasa a la historia, sin embargo, por su talante de rechazo: como señor de una actitud crítica característica» (p. 21). Claro es que este rechazo se verifica desde una postura ilustrada, racionalista, basada en un criterio que «se caracterizaba sobre todo por su radicalidad y su capacidad expansiva: 'la autoridad extrínseca es nula en competencia con el raciocinio sólido y natural'. He aquí la semilla que encierra todas las virtualidades que se desarrollarán sucesivamente» (p. 316).

Nacido de una familia campesina con nobleza de sangre, Juan Antonio Llorente se movió constantemente por aspiraciones que le llevaron a situarse en la clase política dirigente y en la esfera de una intelectualidad inquieta y pluriforme. En la tensión «centro-periferia», que contrapone diversos ámbitos de la Ilustración española, Llorente tendió al centro, hasta optar por una actitud de centralismo cada vez más despectiva con las sensibilidades foralistas. Cartesianismo a ultranza fue el suyo y hubiera sometido la misma Iglesia a su rígida concepción centralista de la sociedad, cuyo núcleo más sólido era —a su entender— el poder civil.

En los escritos llorentinos se descubre la faz ideológica del jansenismo tardío en característicos perfiles como la fobia antifrailesca, sangrantes denuncias del fariseísmo eclesiástico, distinción «disciplina-dogma», episcopalismo jurisdiccionalista, regalismo táctico, crítica mordaz, aversión a la Curia Romana, apelación a la pureza de los orígenes del cristianismo. Pero todo ello sin elevación espiritual, lo que contrasta con el temple apasionado del eclesiástico. Drama humano —entiende Enrique de la Lama— que pone en contraste un *pathos* íntimamente asumido y un *ethos* profesado y no renunciado. «Llorente nunca perdió la fe. Al menos retuvo hasta el fin —a título de profesión teórica de su credo— la condición sacerdotal y el orgullo de su catolicismo ilustrado. (...) Ahora bien, puesto que mantenía, por un lado, aquel criticismo radical que era su norma y, por otro, la fe,

esencialmente basada en la aceptación de la autoridad externa, Llorente no pudo evitar la vivencia de un conflicto interior que jamás llegó a resolver. Encontró, sin embargo una salida de compromiso: el *jansenismo*. Un jansenismo que en él no pasa de ser *ideología subsidiaria*, expediente doctrinal, *forma mentis* que adviene sobre una capacidad receptiva previamente determinada por una fría opción racionalista» (p. 321).

Toda realidad humana está amasada en indivisible unidad de barro y de luz. Creo yo que Enrique de la Lama ha conseguido no olvidar este gran principio al componer el relato biográfico de su paisano el canónigo Llorente. Sin escamotear la verdad en ningún momento, deja hablar a los hechos harto elocuentes en sí mismos, anota sus afirmaciones con copioso material de archivo, y no desdeña —cuando se requiere— la explicación erudita. El libro será leído con gusto ‘no sólo histórico, sino también literario’ por cuantos deseen acercarse a un tema palpitante que afecta también a la vida de hoy.

A. M<sup>a</sup>. Pazos



# Reseñas

